

LECCION LI.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.

(SIGLO XVII).

La Iglesia atacada en el Japon : persecucion violenta ; — defendida : Mártires ; reina de Tango ; otros Mártires ; su regocijo, su constancia admirable ; — consolada : progresos de la fe en China y en América ; — atacada : Jansenismo ; — defendida : Bossuet, Fenelon ; — consolada : Trapenses ; Orden de nuestra Señora del Refugio ; la venerable madre Isabel de Jesús ; Orden de la Adoracion perpetua ; Congregacion de Hermanas de la Caridad en Nevers.

La Iglesia, que acreditaba su santidad en el Occidente por las elocuentes virtudes de san Vicente de Paul, firmaba en Oriente su fe con la sangre de los Mártires. Hecho es muy digno de reflexionarse, que en ningun siglo el testimonio de la sangre, ó sea el martirio, ha faltado á la religion católica.

San Francisco Javier, cuando llegó al Japon en 1549, encontró aquel dilatado reino sumido en las tinieblas mas densas de la idolatría ; pero fué tan eficaz la predicacion de este varon apostólico, suscitado por la misericordia de Dios, que las provincias se convertian en masa. Este beneficio seria tan duradero como maravilloso, cuando en 1582 los reyes de Arima, Bungo y Omura enviaron una solemne embajada al papa Gregorio XIII, y cuando cinco años despues se contaban en el Japon doscientos mil cristianos, entre ellos muchos bonzos, ó sacerdotes del país, y algunos príncipes y reyes. Desgraciadamente las creces de la nueva religion que seguian de dia en dia fueron atajadas el año 1588 por la circunstancia que vamos á referir.

El emperador Cambacundono, que á impulsos de un orgullo sacrilego se hacia tributar honores divinos, mandó que todos los misioneros Jesuitas salieran de sus Estados en el término de seis meses, pero algunos se quedaron á pesar de esta orden, bien que disfrazados para poder con mas libertad ejercer sus santas funciones. Encendida la persecucion en el año 1592, muchos de los japoneses con-

vertidos recibieron la palma del martirio, y el emperador Taicosama, tan corrompido como orgulloso, aun se cebó en ellos con mas ferocidad. Nueve misioneros fueron crucificados en un altito cercano á la ciudad de Nangasaqui, y al mismo tiempo perecieron varios japoneses, entre otros, tres niños que solian ayudar á misa á los sacerdotes, dos de ellos de quince años, y el tercero de diez ; pero á pesar de sus pocos años sufrieron los tormentos no solo con valor sino con alegría. Á los misioneros que quedaron los embarcaron por fuerza, para que no predicasen mas el Cristianismo en el Japon ; sin embargo aun permanecieron disfrazados veinte y ocho.

Muerto Taicosama volvieron los misioneros, y convirtieron cuarenta mil personas en 1593, y mas de treinta mil el año siguiente, aunque ellos no excedian de ciento, y mandaron labrar cincuenta iglesias donde los fieles se reunian. Este período tranquilo, tan favorable á la propagacion del Evangelio, fué nuevamente turbado en 1602 por Cubosama, quien mandó renovar los edictos publicados contra los cristianos, y ensañándose la persecucion en 1614 y en los años siguientes, viéronse reproducir los hermosos ejemplos de piedad, caridad é impavidez, que la historia de la primitiva Iglesia ofrece. Darémos en prueba algunos ejemplos :

El rey de Tango tenia una esposa muy jóven, la que encerrada siempre en su palacio vivia con sumo recato é inocencia. Aquel, aunque idólatra, hubo de hablarle varias veces de la religion cristiana, admirada de los mismos que no la seguian, y esta princesa, que poseia un talento despejado, conservando en su memoria lo que se le dijo, no hallando además en sus costumbres obstáculo para las inspiraciones de la gracia, se sintió fuertemente inclinada á una religion tan acomodada á sus hábitos é inclinaciones ; pero dudando obtener licencia de su marido, tuvo que llevar con gran sigilo el negocio de su conversion, y eludir la vigilancia de cien ojos que estaban siempre abiertos observando sus pasos.

Criábase afortunadamente con ella una princesa de sangre real, á quien la unia la identidad de virtuosas inclinaciones con mas estrecho vínculo que la afinidad ; y como para esta segura amiga nada tenia secreto, abrióle su pecho, y dióle el encargo, puesto que era dueña de ir y venir, de comunicar á un misionero sus deseos á la par que sus apuros. La medianera, tan ansiosa como la Reina de abrazar el Cristianismo, no se redujo á su cometido, sino que se hizo

bautizar recibiendo el nombre de María, y transformada de súbito en apóstol por la gracia del Sacramento, cuantas damas y doncellas de palacio supieron su buena suerte fueron sucesivamente á encontrar al misionero y volvieron cristianas, aconteciendo lo propio á un caballero que las acompañaba. La Reina entre tanto gemía con mayor dolor de verse esclava del infierno en medio de una corte á la que ella habia proporcionado la santa libertad de los hijos de Dios, y viendo esto la princesa María, fué otra vez á encontrar al misionero, para que le explicara detenidamente el modo de administrar el Bautismo, y de regreso bautizó á la Reina imponiéndole el nombre de Gracia, que nunca fué dado con mas propiedad.

Todo esto pasaba en ausencia del Rey; pero cuando volvió, mostrándose muy enojado, declaró imperiosamente á la Reina y á toda su corte que era necesario abjurar desde luego una religion odiada por el Emperador, y que podia labrar su pérdida. Siendo inútiles las amonestaciones y amenazas, apeló á toda especie de violencias, contra su esposa la primera, pues el despecho del Rey se midió por el ardiente amor que la profesaba; ella sin embargo á tamaños excesos solo opuso una dulzura y paciencia admirables, acompañadas empero de una constancia invencible. Habiendo enfermado peligrosamente un hijo del Rey, bautizóle la princesa María á sugestion de aquella, y al punto quedó sano. Entonces el Rey sintió caerle las armas de la mano, y adoptando el partido de disimular no molestó mas á unas personas á quienes irremisiblemente amaba y respetaba.

Viéndose la Reina con mayor libertad, solo hizo uso de ella para consagrarse á todas las buenas obras que su situacion le permitia, y dar ejemplo de todas las virtudes cristianas. Léjos de idolatrar en sí misma, parecia querer desfigurarse con las maceraciones de la penitencia. Aprendió regularmente el latin y el portugués, no tanto por gala de saber, como para ilustrar mas y mas su espiritu en el conocimiento de las verdades que leia en los libros piadosos. Su mayor ahinco era recoger huérfanos y niños pobres para servirles y cuidarles por sus manos, instruirles en los rudimentos de la Religion, y hacer de ellos unos buenos católicos.

Hacia ya doce años que llevaba una vida tan santificada, cuando ocurrió en el país una revolucion que la hizo triste víctima de los celos de su régio consorte. Si bien este príncipe nunca habia sospe-

chado de su fidelidad, recelaba á cada momento que otro se prendara de ella, y con tal idea dispuso que se retirase á la ciudad de Osaca, plaza bien fortificada y que parecia poder resistir á los embates del enemigo; mas aun no bien seguro, dió orden al intendente de su casa de que si la ciudad llegaba á sucumbir, descabezase á la Reina y pegase fuego al palacio.

Cayó en efecto la ciudad, y el enemigo intimó al intendente que entregase la persona de la Reina. Respetaba mucho este funcionario á su soberana; pero viendo que no podia salvarla aunque lo intentó, preséntasele con la desesperacion pintada en el rostro, riega sus piés de lágrimas, y le declara la orden bárbara que habia recibido. «Tambien nosotros, añadió, moriremos al instante, y eso es lo que me consuela, porque no sabria sobrevivir á una princesa cuya muerte sería el mayor tormento de mi vida.»

La Reina escuchó estas palabras como si no se refiriesen á ella: «Ya sabes, responde, que soy cristiana, y á los cristianos no les espanta la muerte: tú sí que debes pensar en lo que será de tí por toda una eternidad.»

Dichas estas pocas palabras, entróse en su oratorio, y postrada ante la imágen de un Dios que murió por nosotros, ofreció el sacrificio de su vida. Seguidamente reunió á todas sus camaristas, cristianas como ella, y abrazándolas tiernamente las hizo presente que como el decreto de muerte no las comprendia, por la ley de Dios estaban obligadas á retirarse antes que el palacio fuese pábulo de las llamas. Al oír esto, todas prorumpieron en clamores y lamentaciones; solo ella, cual si se tratara de un negocio cualquiera, volvióse pausadamente á su oratorio, y llamó al intendente para que cumpliera su comision. El buen hombre postrado á sus piés, le rogó nuevamente que le perdonase su muerte. Entre tanto ella puesta de rodillas apartó por sí misma el cuello de su vestido, y pronunciando los dulces nombres de Jesús y Maria recibió el golpe fatal, mostrando en su entereza que la fuerza cristiana habia hecho su alma independiente en cierto modo de la materia, de la fragilidad de su sexo, y de todas las debilidades de la naturaleza.

En último resultado la persecucion solo sirvió para patentizar cuán arraigada estaba la fe en la mente y en el corazon de los japoneses. Habiendo ordenado el Emperador que se formasen listas de todos los cristianos que concurrían á las iglesias de Osaca y Meaco, corrió al punto por las provincias la voz de que iban á ser sacrificados cuan-

tos rehusasen adorar á los dioses del país, cuya noticia, léjos de turbar los ánimos, hizo resplandecer la fe con tal brillo, y encendió tal ardor por el martirio, que hasta los idólatras quedaron maravillados.

El rey de Bungo, que regocijó á la Iglesia por su conversion cuando mas abrumada se veia de humillaciones y trabajos, solia decir: ¡Oh Dios omnipotente, os juro que aunque todos los Padres Jesuitas, por cuyo ministerio me atrajisteis al Cristianismo, renunciaran á la religion que me han enseñado; aun cuando supiera que todos los cristianos de Europa hubiesen renegado de vuestro nombre, yo os confesaria, reconoceria y adoraria por mas que me costara la vida, conforme ahora os confieso, reconozco y adoro por el solo verdadero y todopoderoso Dios del universo.

Ucondono, generalísimo de los ejércitos y otro de los mas fervientes cristianos del Japon, púsose inmediatamente á las órdenes de los misioneros, esperando no tardarian en ser presos, para compartir sus cadenas y suplicios. Imitaron su ejemplo dos hijos del gran chambelan del Emperador, el mayor de los cuales, investido ya con los cargos de su padre, caso de sobrevivirle, corrió desde doscientas leguas de distancia á Meaco, y tomó el traje de los misioneros para que le prendieran mas pronto; y al mismo tiempo sus familiares, á quienes quiso despedir, protestaron querer morir con él. Su hermano menor, residente en el seno de la familia, tuvo que arrostrar todo el cariño de sus deudos y hasta las iras de su padre que era gentil, pero mostró tal valor y resolucion, que ya no esperaron poder disuadirle.

Tambien un príncipe enlazado con el Emperador y señor de tres reinos fué á encerrarse con los Jesuitas para recibir la muerte al lado de ellos. Otro príncipe, no bien estuvo bautizado, dió un pregon amenazando con severas penas á los que preguntados si su rey era cristiano, disimulasen la verdad.

Un magnate poderoso y célebre por su valor, temiendo que nadie osaria irle á prender en su castillo, presentóse junto con su esposa á uno de los ministros de la persecucion sin mas comitiva que un niño de diez años al que llevaba de la mano, y una niña demasiado pequeña aun para poder andar, llevada en brazos por la madre. Hasta las personas de clase mas humilde se presentaban con impavidez á los esbirros, y en suma, todos esperaban el momento de poder sellar con su sangre la profesion de su fe.

Las señoras ricas confeccionaban aprisa con sus camareras vestidos magníficos para honrar el dia de su muerte, que todas llamaban dia de su triunfo, y de intento se juntaban en las casas donde mejor creian ser vistas. Entre las de Meaco hubo una que pidió á sus conocidas la arrastrasen al suplicio si acaso la veian retroceder ó flaquear. Vióse tambien á una señorita preparar con admirable sangre fria todos los pormenores de su sacrificio y arreglar su vestido de modo que pudiera estar con toda decencia en la cruz; suplicio que parece iba á ser comun á todos los cristianos. Los criados, ocupándose tambien de sí, proveíanse unos de relicarios, otros de rosarios ó Crucifijos con una calma y tranquilidad tal, que algunos sayones, dominados acaso por la idea general en el país de que es una infamia padecer violencia, arrojaron sus puñales y cimitarras, para tomar como las mujeres algun objeto piadoso y dejarse degollar como ellas.

Para que mas se vea lo sobrenatural de este arrojamiento, citarémos algunos ejemplos de débiles mujeres y tiernos infantillos. Una cristiana llamada Tecla fué quemada teniendo cinco hijos al rededor y otro en el seno; para subir al patíbulo se vistió un ropaje nuevo en muestra de rogocijo, y cuando estuvo encima de la hoguera, cuyo humo empezaba á envolverla, solo se ocupó en enjugar el llanto de una niña de tres años que llevaba en brazos, animándola con la esperanza de la gloria eterna que iba á gozar en breves instantes. Otra pobre mujer vendió su cinturón para comprar el poste al que debia ser atada cuando la quemasen viva por la fe. Una hubo que descubrió á sus perseguidores y delató como cristiana á su propia nieta para que gozara la dicha de recibir corona de mártir. Otra, condenada á muerte, escribió á su ausente esposo rogándole con urgencia que viniese á participar de su dicha y triunfo, muriendo á su lado.

No menos generosas fueron las criaturas que sus dignas madres: un chiquillo de nueve años corrió espontáneamente al lugar de los suplicios, y apartando él mismo sus vestidos, ofreció el cuello al filo ensangrentado; una niña de ocho años no pudiendo dirigirse por sí al martirio porque era ciega, se asió tan fuertemente á su madre, que logró morir en la propia hoguera: otros dos niños condenados á perecer daban tiernos consuelos á su anciana tia creyendo que lloraba de sentimiento, cuando era de envidia que tenia á los Már-

tires; otro de cinco años, despertado en medio de un profundo sueño para ser conducido al suplicio, sin conmoverse pidió sus mejores galas, vistióse aprisa, y en los brazos mismos del verdugo fué, tierno corderillo, llevado al matadero. Allí de rodillas, junto al cadáver de su padre que acababa de ser inmolado, tiende sus manecitas, y alzando los ojos al cielo aguarda el golpe mortal; mas tan gran generosidad en tan breves años desarma al verdugo; la cuchilla se le cae de la mano. El niño, despues de desnudarse por sí solo hasta la cintura, viendo indeciso al ejecutor, se dirige á uno de sus ayudantes, de quien obtiene lo que desea; pero torpe éste ó inexperto, solo al tercer golpe logra separar la cabeza del tronco á aquel precioso Mártir, cuya constancia no flaquea un solo momento.

Júzguese cuál seria el valor de los misioneros que tan sublimes sentimientos supieron inspirar á unos débiles niños y á unas tímidas mujeres. El mas antiguo y célebre de estos obreros evangélicos era el P. Carlos Espinola, natural de Italia, de ilustre cuna. Aprehenido con otros muchos cristianos condenáronle á ser quemado vivo: esta sentencia debía ejecutarse en un montecillo junto á Nangasaqui, á unos quinientos pasos de otro, donde un cuarto de siglo antes fueron crucificados los veinte y seis Mártires á quienes Urbano VIII canonizó. Púsose la comitiva en marcha para el lugar de la ejecucion, habiéndose colocado de antemano numerosos piquetes de trecho en trecho para contener á la multitud, pues se asegura que concurrieron treinta mil cristianos por lo menos, sin contar los idólatras.

Llegados á la colina, ataron á los Martires á diferentes postes, y entre tanto el P. Espinola dirigió algunas palabras á los cristianos, divisando entre ellos á una ardiente neófito llamada Isabel Fernandez, de quien la misma víspera de su prision bautizó un niño, nacido poco antes, al cual impuso el nombre de Ignacio por ser la fiesta del santo Fundador de la Compañía. Hacia de esto cuatro años: madre y niño estaban allí aguardando el golpe de muerte; pero oculto el chiquillo tras de su madre, no podia ser visto del sacerdote, quien recelando no le hubiesen alejado para sustraerle del suplicio, gritó á Isabel: ¿Dónde está mi hijillo Ignacio? ¿qué has hecho de él? — Aquí está, respondió la mujer tomándole en brazos; ¿pensais habia de privarle de la única dicha que le puedo proporcionar? Hijo mio, añadió dirigiéndose al infante, hé aquí á tu padre; ruégale que te bendiga. El niño, obediente, se puso de rodillas, juntó sus

manecitas y recibió la bendicion, pero con un ademan tan tierno, que la muchedumbre espectadora, atraida ya por las palabras de la madre, empezó á despedir fuertes murmullos y gemidos, anuncio de mayor tumulto. Entonces la autoridad mandó apresurar la ejecucion, y al punto dos ó tres cabezas saltaron rodando hasta los pies del tierno Ignacio, que no pareció inmutarse, ni se conmovió mas al ver saltar la de su madre, hasta que él mismo, con una intrepidez naturalmente imposible en su edad, recibió el golpe del hacha volando al cielo, donde á la par de los santos Inocentes juega con su corona ante el trono del Cordero. La madre tambien era digna de tal hijo, pues toda su vida habia sido una larga preparacion para el martirio; y cuando entró en el lugar del combate, llevaba en una mano un Crucifijo y en la otra un rosario, cantando el salmo *Laudate Dominum omnes gentes*: Naciones todas, alabad al Señor.

Cuando los primeros Mártires hubieron consumado su sacrificio, se colocaron sus cabezas junto á los que debian morir abrasados, y dióse fuego á la leña. Ésta se hallaba dispuesta de modo que el fuego avanzase lentamente, á cuyo efecto procuraban apagarlo cuando prendia demasiado aprisa, refinamiento de crueldad con que se queria amedrentar el espíritu de los Mártires, prolongar su agonía y hacerles apostatar, si fuera posible; mas todo se convirtió en mengua del demonio, pues conservando el P. Spinola su sangre fria, dijo á la asamblea: «El fuego que va á consumirnos solo es sombra «de aquel con que el Dios verdadero castigará por una eternidad á «los que rehusaron conocerlo, ó que, habiéndole conocido y adorado, no vivieron de una manera conforme á la santidad de su ley.» Por fin, las llamas ganaron terreno, y los Mártires empezaron á sentir dolores intensísimos, particularmente hácia el lado del P. Spinola, por donde soplabá un vientecillo récio. Quien los viera con los ojos fijos en el cielo, hubiera dicho que nada padecian: una hora despues el holocausto quedaba consumado ¹.

La persecucion siguió aun mucho tiempo, hasta que el Emperador en 1639 prohibió definitivamente la entrada de los europeos en sus dominios. Desde entonces algunos generosos misioneros han vuelto aun á penetrar en aquel país, tan cristiano antes, pero, segun parece, fallecieron todos de mala muerte. Sin embargo, todavía quedan cristianos en el Japon, segun lo acredita una reciente cor-

¹ Charlevoix, *Historia del Japon*, t. II, lib. XV, pág. 275.

respondencia de Mons. Bruguères, misionero en China, fallecido hace dos años, siendo obispo de Capsa.

La luz divina rechazada en el Japon avanzaba por el interior de la China y de las Indias, penetrando asimismo entre los iroqueses é ilineses, pueblos salvajes que vagaban por las inmensas selvas de la América septentrional.

Mientras tanto el demonio, exasperado de ver que la Iglesia ganaba lauros en la persecucion, y conquistaba pueblos los mas lejanos, suscitó una nueva herejía para agriar su contento. Fué autor de ella Jansenio obispo de Iprés en los Países Bajos, el cual, pretendiendo explanar la doctrina de san Agustin acerca de la gracia, en una obra que por esta causa tituló *Augustinus*, sentó cinco proposiciones contrarias á la fe católica, negando entre otras cosas la libertad del hombre, y la posibilidad de cumplir varios de los Mandamientos de Dios. El papa Inocencio X condenó semejantes asertos; pero á pesar de esto, sus discípulos, llamados Jansenistas, siguieron sosteniéndolos, dando á luz una porcion de obras cuyo peor resultado fué inspirar á los fieles un temor tan grande á la Comunion, por la idea exagerada de las disposiciones exigidas al comulgante, que ha acarreado en último término el abandono de los Sacramentos. Los principales jansenistas fueron Arnaud, Nicole, San-Cyran, Quesnell, etc., á quienes refutaron con brillantez, al igual que á los protestantes, dos prelados, gloria de la Francia, Bossuet, obispo de Meaux, y Fenelon, arzobispo de Cambrai.

Los muchos desórdenes causados por las renacientes herejías demandaban una expiacion; además para granjear lauros á los doctores que combatian la herejía, celo á los misioneros que daban á conocer á las naciones el nombre del Señor, denuedo á los Mártires que lo confesaban delante de los tiranos, necesitábanse fervorosos Moiseses para orar noche y dia en la cumbre de la santa montaña. Cabalmente esta preciosa armonía nunca fué tan visible como en la presente circunstancia: un número asombroso de congregaciones contemplativas se consagraban fervorosamente á la penitencia y oracion, de las cuales ninguna ha sido mas célebre que la de la Trapa. Hé aquí su historia:

Vivia en París en el siglo xvii un jóven eclesiástico de muy noble y muy antigua familia, el cual dotado de excelentes cualidades logró conciliarse la estimacion general. Por desgracia, enamorado

él propio del mundo, vivia con tal disipacion y fausto, que insensiblemente le alejaron del espíritu sacerdotal. Nació el año de 1626, y llamábase Armando de Rancé. Dios, que tenia puestas en él misericordiosas miras, hizole comprender los riesgos á que exponia su alma; y mostrándose dócil á la gracia, vendió su patrimonio, y lo distribuyó en buenas obras. Retiróse despues á un monasterio de la Orden cisterciense, llamado la *Trapa*, donde se propuso hacer revivir la antigua regla de san Benito. De aquí vino en denominarse *Trapenses* los que hoy siguen la regla establecida por este reformador.

Encima de la puerta del monasterio se leen las siguientes palabras: *Esta es la casa de Dios, dichosos los que en ella moran.* Con efecto, tan de veras es la casa del Dios de caridad, que todo extranjero, sin distincion de clases, de países y hasta de religion, es allí admitido y regalado como amigo y como hermano: el religioso portero se arrodilla delante del peregrino implorando su bendicion; despues le conduce á una grandiosa hospedería, y corre á dar aviso á dos religiosos encargados de admitir á los viajeros. Postrados nuevamente ante el huésped, acompañanle al pié del altar, donde está el Santísimo Sacramento, y hecha una breve oracion vuelven á la hospedería, y otro de ellos se queda para leer algunos versículos de la *Imitacion* á los recién llegados. En seguida se encarga de darles la asistencia necesaria un religioso con el título de *posadero*. Abraham y los Patriarcas, modelos de la antigua hospitalidad, no eran mas solícitos con sus huéspedes de lo que lo son estos buenos religiosos. Antes de profesar escriben á su familia renunciando sus bienes, y ya no vuelven á acordarse del mundo mas que para rogar por él. Si ocurre fallecer el pariente de alguno, el abad lo recomienda á las oraciones de toda la comunidad, callando cuyo sea, diciendo solo en general que ha muerto el padre ó la madre de uno de los hermanos. Traen siempre la vista al suelo, sin mirar jamás á los extraños; guardan perpetuo silencio, no hablando sino con su superior, y entre sí cuando están en el trabajo ó en otra parte solo se dan á entender por signos.

En el trabajo lo mismo que en la oracion observan la gravedad propia del que hace una obra santa. De vez en cuando un hermano por medio de tres palmadas les llama á elevar su espíritu á Dios, y al punto cada religioso queda inmóvil y como petrificado en la po-